



Maqroll el Gaviero: nobleza y grandeza del vencido

Michèle Lefort

*Quand on voit ce que sont les hommes, comme c'est
bien d'être vaincu.*

Montherlant

Sans ébec, pas de morale.

Simone de Beauvoir

Si toda gran obra literaria se nutre de obsesiones, entonces, podemos decir que Álvaro Mutis se empeña en tejer, con infinita paciencia, aquellas que no le abandonaron nunca: desesperanza y conciencia del fracaso rigen de manera inexorable, según él, el destino humano. «La desesperanza»,¹ conferencia que pronunció en febrero de 1965 en México, constituye, en este sentido, una profesión de fe, un credo estético y filosófico del que Maqroll el Gaviero es, a un mismo tiempo, ejemplo y portavoz. En ella, podemos leer: «Los verdaderos héroes del desespere y la furia se dan una vez cada siglo. Son los que logran alcanzar una suerte de grandeza mítica y ocupan en la historia un lugar excepcional y trágico

¹Mutis, Álvaro. *La muerte del estratega: narraciones, prosas y ensayos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

que les confiere una permanencia de arquetipos del exasperado heroísmo sin salida».

Álvaro Mutis presta a Maqroll el Gaviero estos propósitos que se asemejan a un autorretrato lúcido, sin tapujos, de «vencido del siglo XX». En efecto, si no son muchos los auténticos «héroes de la desesperanza», si tan solo emerge uno cada siglo, entonces no cabe la menor duda de que Maqroll es el parangón del heroísmo exacerbado y desesperadamente abocado a un callejón sin salida.

Este héroe «al revés» encuentra su grandeza en la dimensión humana llevada a sus máximos extremos, grandeza que Jon Iturri, protagonista de *La última escala del Tramp Steamer*, saluda de esta manera: «Me di cuenta de que mis prejuicios provincianos y nacionales no me habían dejado percibir a primera vista la enorme riqueza de experiencia y la humanidad densa y calurosa de este hombre [...]».²

Al erosionarse la condición y el papel del héroe, el heroísmo vuelve a tocar tierra. Lejos de toda desmesura, de toda hazaña sobrehumana, Álvaro Mutis evidencia, a través de los comportamientos y reflexiones de Maqroll el Gaviero, el duro oficio de ser hombre, que no es sino «un tenaz desafío sin recompensa». Maqroll, ese ser marginal que atraviesa ileso todas las adversidades, todos los peligros, representa aquella historia del hombre en la que el individuo se inscribe a sí mismo sin darse cuenta. Nada tiene de héroe histórico, pero su historia sí es bastante representativa de la humanidad, mucho más que esos libros de historia que él suele leer, buscando en vano una explicación o un aleccionamiento en aquellos desvaríos de sus semejantes que tanto se parecen a los suyos: «Maqroll fue un lector devorante, sobre todo de páginas de historia y de memorias ilustres; le gustaba así confirmar su pesimismo sin salida sobre la tan traída y llevada condición humana, de la que tenía un concepto más bien desencantado y triste».³

Las lecturas de Maqroll forman parte integrante de su errar y del relato. Tanto las alusiones a estas como los comentarios que de ellas hace se encuentran esparcidas en todas sus novelas. Incluso, en un apéndice a *Amirbar*, Álvaro Mutis pasa lista a los libros que siempre tuvieron el favor de su personaje, a quien define como «un lector empedernido»: «El Gaviero era, eso sí, un lector empedernido. Un incansable devorador de libros durante toda su vida. Éste era su único

²Mutis, Álvaro. *La última escala del Tramp Steamer*. Madrid, Mondadori, 1990, p. 71.

³Mutis, Álvaro. *Abdul Bashur, soñador de navíos*. Madrid, Siruela, 1991, p. 52.

pasatiempo y no se entregaba a él por razones literarias sino por necesidad de entretener de algún modo el incansable ritmo de sus desplazamientos y la variada suerte de sus navegaciones».⁴

Los libros son, pues, esos compañeros del vagar de Maqroll; pero son también mucho más. En primer lugar, el libro es, como el Gaviero, un vagabundo. El mejor ejemplo lo tenemos en el primero de los relatos escritos por Álvaro Mutis. En efecto, *La nieve del almirante*, diario redactado en Colombia por su personaje, termina con una carta que el Gaviero escribió en Antwerpen, Amberes, y que el narrador encontró en una librería de Barcelona. El vagabundeo del libro se superpone exactamente al triángulo geográfico de Maqroll, asimismo coincidente con el del propio autor (Colombia, Bélgica, Mediterráneo). Esta perfecta *mise en abyme* se vuelve vertiginosa cuando uno se entera de que los pliegos que constituyen el diario del Xurandó fueron introducidos en otro libro, el de P. Raymond sobre el asesinato del duque de Orleáns.⁵ Esta obra también erró durante un siglo, pasando, de mano en mano, de Francia a Bélgica, de Maqroll a aquel narrador al que Álvaro Mutis presta su pluma. Al final de la cadena, está cada uno de nosotros como lector. El que Maqroll el Gaviero se refiera constantemente a esta obra en su diario es una manera de afirmar la extrema importancia que cobra la lectura en el simple acto de escribir. Leer y escribir son, de manera muy borgiana, la cara y la cruz de una sola actividad.

En efecto, en cada libro de Álvaro Mutis que leemos se engarza otro que Maqroll lee y comenta, y cuyos comentarios aportan valiosas aclaraciones sobre sus propias aventuras del momento.

Así, en *La nieve del almirante*, al establecer un paralelismo entre los hechos históricos y la época en la que él vive (el mayor acaba de deshacerse de Ivar y de su acólito, dos canallas que hacían tráfico de indios), deduce que siguen siendo los mismos, a lo largo de los siglos, aquellos móviles que llevan a los hombres a asesinar a sus semejantes: felonía, conspiraciones, codicia, aventuras amorosas. Ayer como hoy, la historia sigue siendo tristemente la misma; y, por lo tanto, las lecturas confortan a Maqroll en su certeza de que la naturaleza humana está hecha de tal manera que el hombre nunca jamás aprenderá, y que vivir no sirve para nada:

⁴Mutis, Álvaro. *Amirbar*. Madrid, Siruela, 1990, p. 171.

⁵«Enquête du Prévôt de Paris sur l'assassinat de Louis Duc d'Orléans». Editado por la Bibliothèque de l'École des Chartres en 1865. En Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*. Madrid, Alianza, 1986, p. 14.

«[...] lo asimilo al cotidiano espectáculo que ofrecen los hombres dondequiera que vayamos a buscarlos [...]. Hay una monotonía del crimen que no es aconsejable frecuentar ni en los libros ni en la vida».⁶

Los libros contienen a la vez lo que somos y lo que fuimos, así como la mirada que llevamos, hoy como ayer, sobre el transcurrir del tiempo. Todo su interés cabe en esta doble mirada.

No obstante, los libros tienen muchas más virtudes. En *Un bel morir*, el relato de la vida de San Francisco de Asís acompaña a Maqroll en la cárcel. Es en esta lectura donde encuentra fuerzas y consuelo para afrontar el infortunio: «La evocación del sabio y armonioso paisaje de la Umbría, en donde los milagros de Francisco hallan el marco ideal [...], sirvió al Gaviero para recuperar la serenidad y establecer una saludable distancia entre su actual desventura y la intimidad de su ser más intocado y oculto, del que manaba siempre un caudal de confianza en su auténtico destino».⁷

No podemos sino hacer la comparación con la experiencia del autor en la cárcel de Lecumberri, donde los tesoros de la biblioteca constituyeron una valiosa ayuda que le permitieron evitar hundirse en la locura. La lectura es un medio eficaz para considerar el presente con un cierto distanciamiento, ya que es la permanencia frente a lo accidental. Por eso, Maqroll se refugia en ella en los momentos difíciles. Así, cuando intenta escapar de la trampa que lo está asediando en La Plata, emprende la lectura del Príncipe de Ligne, cuya prosa es para él un bálsamo. En seguida se traslada a principios del siglo XIX, lo que acaba curándolo de la amargura del tiempo presente y le permite dormirse tranquilamente, a pesar del peligro que lo acecha: «Ningún bálsamo más eficaz para sus presentes perplejidades que el ejemplo del gran aristócrata belga que sorteó, con igual fortuna y una amable sonrisa, el patíbulo jacobino, la vigilancia de la policía de Viena y su gabinete negro y las mortales asechanzas de la corte zarista».⁸

La nobleza de la conducta y la elegancia aristocrática del Príncipe de Ligne, pese a la adversidad, son para Maqroll un modelo, en el momento mismo en que se encuentra confrontado a las intrigas, a la traición, y a la represión. La elegancia, la inteligencia, la sobriedad son tres cualidades del todo ausentes del mundo que lo

⁶Ibidem, p. 73.

⁷Muñis, Álvaro. *Un bel morir*. Madrid, Mondadori, 1989, p. 115.

⁸Ibidem.

rodea. En el contraste que le ofrece esta lectura, viaje en el tiempo que borra por un momento el presente, encontrará un remedio que apacigüe el horror, lo absurdo y lo espantoso del entorno. La lectura puede ser, por ende, ejemplar, bienhechora y salvadora. Pero, por encima de todo, en el estilo, en la escritura, es donde hay que buscar el remedio, más que en las lecciones que se puedan sacar de ellas. Estamos, una vez más, en el universo de lo estético.

Maqroll no lee sino obras del pasado que han resistido a la prueba del tiempo y que, por consiguiente, son las únicas que tienen una historia, una densidad, una existencia. Cuando Dora Estela, personaje de *Amirbar*, manifiesta su preocupación, al verle leer tantas cosas sobre los sangrientos episodios que sacudieron los siglos pasados, y le aconseja que se interese más por los vivos que por los muertos, la respuesta del Gaviero dice claramente lo que opina de sus semejantes, al mismo tiempo que pone en evidencia su relación con el libro: «Le indiqué que los vivos suelen estar a menudo más muertos que los personajes de esos libros y que estaba tan convencido de eso que ya ni siquiera podía escuchar con atención a mis semejantes porque me daba miedo despertarlos».⁹

No es nada casual que Maqroll pase el tiempo leyendo las memorias del Cardenal de Retz o de Chateaubriand, la correspondencia del Príncipe de Ligne, la vida de San Francisco de Asís, o bien los episodios turbios y sangrientos de la historia de Europa. Estas lecturas nutren su hondo pesimismo de marinero escéptico y desencantado; lo suelen confortar en su derrotismo, devolviéndole una imagen negativa de sus fracasos y reveses, así como de la humanidad entera, sea por contraste, sea porque exponen siempre las mismas plagas y los mismos incorregibles errores. Son la referencia que justifica y autentifica su vocación de vencido. Sus propias experiencias en caminos empedrados de derrotas, también relatadas en otros libros, son una parte más de esa cadena sin fin de la que otros lectores —nosotros mismos— sacamos las mismas enseñanzas o el mismo placer.

Maqroll el Gaviero encuentra en los libros «las constantes que tejen [su] vida»: «[...] el vivir en un tiempo por completo extraño a mis intereses y a mis gustos, la familiaridad con el irse muriendo como oficio esencial de cada día, la condición que tiene para mí el universo de lo erótico siempre implícito en dicho

⁹Mutis, Álvaro, *Amirbar*, p. 41.

oficio, un continuo desplazarme hacia el pasado, procurando el momento y lugar adecuados en donde hubiera cobrado sentido mi vida [...]».¹⁰

Desesperadamente, va buscando en el curso de la historia ese instante, ese cambio de rumbo, esa inflexión en que se inicia la ineluctable derrota, intentando en vano dar con la clave de la suya.

Muy en la línea de ese pesimismo fundamental propio del siglo XX, que hace imposible la recuperación del modelo heroico sobrehumano, Álvaro Mutis, paciente y porfiadamente, ha hecho de este vagabundo ejemplar el espejo del hombre, ya que, como él, «hemos de errar sin sosiego».¹¹ Así, todo ser humano está condenado al errar y al error: «Ninguno de nuestros sueños, ni la más tenebrosa de nuestras pesadillas, es superior a la suma total de fracasos que componen nuestro destino. Siempre iremos más lejos que nuestra más secreta esperanza, sólo que en sentido inverso, siguiendo la senda de los que cantan sobre las cataratas, de los que miden su propio engaño con la sabia medida del uso y del olvido».¹²

La saga de Maqroll el Gaviero es la de sus errores y sus fracasos, de «esta querencia [suya] hacia una incesante derrota»:¹³ «Me intriga sobremanera la forma como se repiten en mi vida estas caídas, estas decisiones erróneas desde su inicio, estos callejones sin salida cuya suma vendría a ser la historia de mi existencia».¹⁴

La *Summa de Maqroll el Gaviero* no es sino la «summa» de sus extravíos,¹⁵ su declararse en quiebra, pero con esa dolorosa y lúcida conciencia de que uno ha de saber perderse la vida para poner a salvo su sentido. El saber decir una vida de descabros es el sello de su incomparable talento.

Se acabó el tiempo del héroe que lucha por un ideal, en el que están plasmadas las aspiraciones de un grupo. Héroe nuevo, bajado de su pedestal, moldeado sobre una tela de fondo hecha de escarnios y fracasos, Maqroll el Gaviero es el humilde representante de la humanidad, y aparece en su dualidad de héroe mítico y de antihéroe-espejo del hombre, que va cumpliendo, en un genuino pacto de humildad con los demás y consigo mismo, sus *trabajos perdidos* por anticipado.

¹⁰Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*, p. 57.

¹¹Mutis, Álvaro. *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1988*. México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 217.

¹²Mutis, Álvaro. *Caravansary*. En *Summa de Maqroll el Gaviero*, p. 128.

¹³Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*, p. 25.

¹⁴Ibidem.

¹⁵Álvaro Mutis, no por casualidad, cita como epígrafe a *Amirbar* esta frase de Paul Reverdy: «La vie n'est qu'une succession de défaites».

En esto se le puede perfectamente equiparar al Quijote.¹⁶ El Gaviero y el Caballero de la Triste Figura son cual dos hermanos literarios. Con su nombre metafórico y polisémico como bandera, cada uno se esmera por vivir, en la itinerancia, su búsqueda de identidad. Don Quijote nace en un lugar de la Mancha cuyo nombre se ignora; Maqroll, no se sabe dónde. No sabemos nada de sus respectivos antepasados. Ambos son pobres y comparten el mismo desinterés por los bienes materiales; asimismo, tienen la misma pasión por la lectura, aunque no la misma «docura». Uno y otro parecen anacrónicos, extraviados en sus respectivos siglos. Existen en el dialogar o el contarse y tienen clara conciencia de sus existencias literarias. Como el Quijote en el segundo tomo de la obra, Maqroll suele evocar a quien dedica su tiempo reuniendo datos sobre su vida con el propósito de relatarla, este «amigo común que anda por ahí escribiendo [sus] andanzas y dejando testimonio de [sus] infortunios».¹⁷ Maqroll, incluso, va más allá que Don Quijote cuando llama, confiado, al escriba de su vida para que este continúe la epopeya: «Yo sabía que vendría. No se iba a quedar sin otra historia mía, así, sin más».¹⁸

Sin embargo, Don Quijote y Maqroll comparten también, y principalmente, el ser héroes del fracaso, ser conscientes de que «une seule chose importe: apprendre à être perdant».¹⁹

MAQROLL EL GAVIERO: CABALLERO DEL FRACASO

El fracaso como material y brújula de la vida es lo que asegura la perennidad de un modelo positivo más allá de la imagen inicialmente negativa. «Vivre: se spécialiser dans l'erreur».²⁰ Maqroll ha hecho de esta máxima su emblema y ha transformado así su pesimismo en arte de vivir. Vive su vida como una partida de ajedrez en la que la victoria consiste en mostrar la paradoja de que, como en el juego, «el que pierde, gana», alcanzando así la inmortalidad en la derrota, cual Sócrates bebiendo

¹⁶ *El Quijote* es uno de los libros de cabecera de Álvaro Mutis, por eso, no es de extrañar que, conscientemente o no, aparezcan en su propia obra ciertas influencias.

¹⁷ Mutis, Álvaro. *Triptico de mar y tierra*. Santa Fe de Bogotá, Norma, 1993, p. 84.

¹⁸ *Ibidem*, p. 93.

¹⁹ «Una sola cosa importa: aprender a ser perdedor». Cioran, Emilie. *De l'inconvénient d'être né*. Paris, Gallimard, 1973, p. 144.

²⁰ Cioran, Emilie. «Vivre: especializarse en el error». En *Breviaire des vaincus*. Paris, Gallimard y Arcades, 1993, p. 10.

la cicuta. Asumiendo con una dignidad ejemplar «su presente condición de vencido sin remedio, de rehén de la nada», condenado, al nacer, al fracaso y a los desengaños, accede, sublimando la derrota, a la única grandeza que le sea dada al hombre.²¹ Maqroll es uno de estos fracasados de categoría que tienen valor de ejemplo, contrariamente a esos vencedores de «incurable vanidad» y «descomunal narcisismo»²² que hacen de su mediocridad un triunfo, a los que embiste con desprecio en la primera ocasión. Este pesimismo creador lo lleva derecho a pisar las huellas de un mito invertido, el de la nobleza y la grandeza de los vencidos, esos caballeros del fracaso, «mes semblables, mes frères». Ambas, nobleza y grandeza, incontestables, pues no fueron adquiridas por impostura.

Álvaro Mutis nos entrega así el retrato de un hombre libre que, de cierta manera, y aquí reside la paradoja, niega esta libertad. Maqroll no es víctima de las circunstancias, tampoco lo es de la determinación social o genética. Al contrario de aquellos personajes procedentes del naturalismo, o de aquellos protagonistas tradicionales de las novelas sociales o neorealistas, él es libre, pero es el héroe de la denegación. No admite que se haya fraguado él mismo un destino. No será el enfrentamiento con la realidad lo que le dé conciencia de existir y de modificar el curso de su existencia o de la historia, sino todo lo contrario, el sepultarse en la nada, en la disolución. Maqroll está fuera de toda corriente histórica.

El Gaviero se desenvuelve entre truhanes, tunantes, prostitutas, tahúres, timadores, estafadores, pánfilos, tontos, cascarrabias, borrachines, sabios, asesinos, comadronas, dueñas de burdeles, pícaros; sacerdotes autodidactas o extraviados en causas perdidas, devotos del Corán; militantes o seguidores de todos los «ismos» (fascismo, comunismo, separatismo, integrista...) que atravesaron el siglo XX. Policía, ejército, iglesias son instrumentos de opresión que lo ponen sobre aviso; pero el hombre, una vez despojado del uniforme o de la sotana, suscita su interés con tal que dé pruebas de generosidad y de inteligencia. Es el caso del mayor en *La nieve del almirante*, del capitán Ariza en *Un bel morir* o de Mosén Ferrán en *Jamil*. En medio de esta inolvidable trama humana, él sigue su camino repitiendo a diario «No era

²¹Lo que dice Álvaro Mutis sobre el héroe conradiano también se aplica a un Maqroll, que tanto debe al primero: «Es el hombre que asume la responsabilidad de una tarea conociendo su inutilidad final, su pequeña vanidad, su ninguna importancia en el panorama del destino de los hombres, pero la cumple bien y a cabalidad como hombre y se manifiesta y se hace asimismo como hombre [...]. Esto es una cosa que admiro profundamente: este asumir su tarea con auténtica humildad y con plenitud». *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero*. Cali, Procultura, 1988, p. 340.

²²Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*, p. 72.

aquí»²³ y hace del viaje su ética. No podemos sino constatar su empeño en erigirse en vagabundo ejemplar. Esta terca aplicación es la parte más visible de una filosofía de la existencia a la que se someten muchas de sus reacciones: no busca en su itinerancia ninguna hazaña, ninguna gloria ni superación de sí mismo. Sus pasos le devuelven inexorablemente a sí mismo, como si el errar no fuese sino una experiencia del yo íntimo. No hay en él ninguna celebración maniática de su diferencia, de su singularidad; aparece, por el contrario, como un ser común cuyo único heroísmo reside en su terco y aplicado ir viviendo, aceptando la experiencia del camino a seguir inútilmente, lo que hace de la vida «un viaje experimental, cumplido involuntariamente». ²⁴ Desesperado en la civilización, no tiene ninguna ilusión sobre el género humano; pero ya que está condenado al exilio, sabe transformarlo en epopeya íntima. Auténtico héroe solitario, no tiene nada de un líder ni de un deshacedor de entuertos. No lo veremos defender a la viuda ni al huérfano, por cierto, pero tampoco lo veremos enarbolar la más mínima amenaza de venganza. Pesimista, pero en absoluto amargado, tiene la serenidad de los vencidos conscientes de que la derrota es el aguijón de toda creación y de toda búsqueda metafísica, y seduce por la amenidad de ese desapego tan suyo. Héroe de la desesperanza y la indulgencia, es el portaestandarte de los valores humanistas, con discreción, sin énfasis, pues, como el Capi de *La nieve del almirante*, tiene «el pudor de los vencidos». ²⁵

Vencido sin ser nunca víctima, obsesionado por lo inacabado, fascinado por las causas perdidas y la marginación, imbuido de una terrible humanidad, cumple sin ruido su paso por la tierra, con la grandeza y la dignidad de los sabios, y sigue cumpliendo su fábula en total conformidad con esta profunda convicción suya: su única misión en la tierra es perder: «Maqroll partía de la convicción de que todo estaba perdido de antemano y sin remedio. Nacemos ya, decía, con vocación de vencidos». ²⁶ ■

²³ «En el Crac de los Caballeros de Rodas, cuyas ruinas se levantan en un acantilado cerca de Trípoli, hay una tumba anónima que tiene la siguiente inscripción: "No era aquí". No hay día en que no medite estas palabras. Son tan claras y al mismo tiempo encierran todo el misterio que nos es dado soportar». Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*, p. 30.

²⁴ Pessoa, Fernando. *Le Livre de l'intranquillité*. Paris, Bourgois, 1992.

²⁵ *Ibidem*, p. 93.

²⁶ Mutis, Álvaro. *Abdul Bashur, soñador de navios*, p. 51.